Leg 8º papel 1º
Filosofía médica.
La moral en el médico.
694
p 96

DISCURSO

LEIDO

EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL

POR EL LICENCIADO

DON BARTOLOMÉ PUIG DE GALUP,

en el acto solemne

DE RECIBIR LA INVESTIDURA DE DOCTOR

EN LA FACULTAD DE MEDICINA.

MADRID:
Imprenta de JOSÉ M. DUCAZCAL, Plaza de Isabel II, núm. 6.

1853.

UVA. BHSC. LEG 08-1 nº0694

UVA. BHSC. LEG 08-1 nº0694

DE LA MORAL EN EL MÉDICO.

DISCURSO

LEIDO

EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL

POR EL LICENCIADO

DON BARTOLOME PUIG DE GALUP,

en el acto solemne

DE RECIBIR LA INVESTIDURA DE DOCTOR

EN LA FACULTAD DE MEDICINA.

MADRID:

Imprenta de JOSÉ M. DUCAZCAL, Plaza de Isabel II, núm. 6.

1853.

BIBLIOTECA DE SANTA CRUZ DE VALLADOLID

UVA. BHSC. LEG 08-1 nº0694

HTCA

UVa BHSc LEG 8-1 nº694

1>0 0 0 0 2 8 7 0 9 3

UVA. BHSC. LEG 08-1 nº0694

Excmo. Sr.

Un orígen análogo ha tenido siempre la cuna de las ciencias, una misma ha sido la concepcion filosófica del espíritu humano, uno tambien fué el punto de partida de creacion y desarrollo de todas las facultades científicas, cuyas jigantescas proporciones ha ido acrecentando el tiempo, y cuyas fases no puede recorrer simultáneamente la escasa longitud de la vida humana.

El árbol de la ciencia no es efectivamente en nuestros dias aquel tierno arbusto dócil y flexible al ímpetu de los vientos y á las inclemencias del tiempo; multitud de principios, de hechos grandiosos, brillantes teorías hijas de capacidades intelectuales de todos los siglos, han aumentado sus formas y elevado sus corpulentas ramas á alturas inaccesibles. ¡Dichosos aquellos génios que han podido grabar sus nombres en su añoso tronco, y escitar la admiracion y el noble deseo de saber en las edades futuras! La ciencia ha premiado á sus hijos con un galardon imperecedero, y semejante á aquellas luces perennes que rodeaban los sepulcros de los antiguos egipcios, ha emitido sus hechos al través de la oscuridad de los tiempos, de las creencias, de las costumbres y hasta de las regiones de la tierra.

Difícil es, Excmo. Sr., en el estrecho círculo de una me-

UVA. BHSC. LEG 08-1 nº0694

moria, probar la influencia de la filosofía en todas las ciencias; difícil manifestar que el dogmatismo de todos los ramos del saber humano ha sido siempre su reflejo constante; que las ciencias naturales, que la medicina y su práctica misma han desenvuelto nuevos medios de investigacion segun la tendencia reinante; pero modificaciones que no han alterado ni su esencia, ni su forma; al modo que un paisage influenciado por los últimos rayos del sol en su ocaso, ofrece los matices de la ondulacion luminosa que recibe, sin que en nada se altere la realidad de los objetos.

Semejantes consideraciones han colocado siempre al sicofante de las ciencias médicas en una posicion especial respecto la sociedad, los comprofesores y consigo mismo. Posicion que ha reclamado de su parte la mas completa abnegacion de sus afecciones, de su tranquilidad y reposo en obsequio de sus semejantes, y ha despertado el gérmen benéfico de una seccion importante de la práctica de la medicina, que es la *Moral Médica*.

Si no me animase el vivo deseo de coronar mis estudios con un grado que tanto me honra; si la bondad del círculo civilizado é inteligente de que me hallo rodeado, no desvaneciese mis temores suscitados por la consideracion de los sugetos tan dignos que me han precedido en este sitio, desistiría ciertamente de mi empeño y abandonaria la difícil mision de la *Moral Médica*, para quien pudiera presentarla con su importancia y dignidad propias: mas yo sé bien que dirigiéndome á las primeras capacidades de una Universidad, por tantos títulos ilustre, mi desaliñado discurso y las pálidas ideas que en él emita, adquirirán en su mente la belleza y formas de que no he sabido adornarlas.

Benéfico y casi divino ha sido el orígen de la ciencia; un instinto bienhechor ha guiado sus primeros pasos, y la sa-

UVA. BHSC. LEG 08-1 nº0694

lud y el consuelo del hombre enfermo han sancionado sus determinaciones. Si volvemos la vista á lo que era hace algunos siglos su práctica, observaremos ya que el instinto de la *Moral Médica* precedia al desenvolvimiento de la ciencia misma; que él era quien conducia los enfermos á los parages mas públicos, á los asclepiones, á los gimnásios, á las puertas de los templos y á las encrucijadas de los caminos, para que el acaso arrancase de la compasiva muchedumbre algun medio útil y provechoso; que él fué quien con una maravillosa copia de conocimientos elevó las tres célebres escuelas médicas de Cirene, Gnido y Coos; en donde un divino anciano reunió, como la espresion sintética de los siglos anteriores, un copioso raudal de observaciones y esperiencias de la medicina oriental, egipcia y griega; y perfeccionada finalmente en todos los períodos filosóficos, recibió siempre los mayores homenages de admiracion y respeto bajo la proteccion de los Ptolomeos en Alejandría, de los Césares en Roma, de los Arabes en Bagdad, Córdoba y Toledo, viniendo á formar en nuestros dias una ciencia, cuya mision social es tan importante, que nada sería capaz de hacer mejor su apología que aquellas célebres palabras del padre de los oradores: *Nulla re homines ad deos proprius accedunt quam hominibus salutem dando.*

Hay momentos solemnes en la vida del jóven médico que constituyen por sí solos el acierto de muchos años, que coronan el pensamiento de su profesion, que labran su eterna felicidad: pero momentos que pueden acarrearle graves trastornos y destruir en un instante el encanto de su mision. Hablo del profesor que iniciado en los principios de su ciencia se presenta en la sociedad, que le acoge en su seno para terminar sus enfermedades; para acallar sus dolores; para predecir á veces la terminacion feliz ó adversa de sus males, ó bien para señalar con el fatídico dedo del destino al criminal que osó interponer el veneno entre el inocente alimento

UVA. BHSC. LEG 08-1 nº0694

de su víctima. No basta en semejante época la ciencia sola; otro baluarte tan poderoso, tan eficaz como la ciencia misma, puede conjurar la tormenta que ruge sobre su cabeza y prestarle la serenidad y el acierto en sus primeros pasos; tal es la *Moral Médica*. Este ramo importante de la medicina secular, tan necesario en su ejercicio, puede presentarse al médico bajo tres aspectos. *Moral Médica* para con los enfermos, para con el público y para los comprofesores.

No debe en verdad confundirse la *Moral Médica* con la medicina moral ó del alma; la primera es la que espone tan solo al hombre de la ciencia, las obligaciones y deberes peculiares del ejercicio de su profesion, manifestándole el modo útil, honesto y decoroso de desempeñarlas. Moral que bien puede considerarse como el complemento de las instituciones médicas, como la garantía social, como la terminacion feliz del dogmatismo científico. Sin el ausilio de tan poderosa palanca las escuelas podrian presentar profesores sábios, mas no ciudadanos honrados; séres acaso muy científicos, mas no héroes dispuestos á arrostrar mil peligros; y cuando en el corazon del médico no exista esa llama purísima de la moral que mande á su razon misma, que le ofrezca la perspectiva risueña de una existencia feliz mas allá del sepulcro, la timidez y el desacierto señalarán sus primeros pasos, envilecerán su razon y profanarán el sacerdocio de que se halla revestido.

No es en verdad posible que semejante cuadro tenga una existencia típica en los fastos de la ciencia; no es posible tampoco que la medicina exista sin la moral. El ateismo no puede tener cabida en el corazon de un jóven que inaugura su carrera estudiando la complicada organizacion del hombre, examinando con asombro la obra mas perfecta de la creacion, y contemplando estasiado aquel anillo portentoso que liga la materia con la region del espíritu. ¡Es tan elocuente el aspecto de la muerte! ¡Arranca tantas reflexiones filo-

UVA. BHSC. LEG 08-1 nº0694

sóficas de la imaginacion! ¡Es en fin su dialéctica tan persuasiva, como dimanada de un punto en que la verdad es eterna!

¿Cuántas veces consideraciones de esta índole han dominado las sugestiones del corazon, la intriga y las pasiones de la mas refinada política, hasta en aquellos pueblos faltos de la luz del cristianismo? El aspecto de los egipcios haciendo el juicio de los muertos, apreciando severamente sus hechos antes de concederles los honores de la muerte, es un cuadro patético y lleno de filosofía y de belleza. Pero no menos interesante es el que nos ofrece aquel célebre médico romano, que penetrado de admiracion y respeto hácia el Ser Supremo, al contemplar la maravillosa estructura del cuerpo humano, esclamó dirigiendo al cielo su vista: «Sacrifiquen »otros hecatombes de toros, ofrézcanle los mas esquisitos »perfumes, que yo tengo por piedad mas sólida reconocer »y admirar la sabiduría, omnipotencia y bondad de Dios, »en el maravilloso órden y disposicion de sus criaturas.»

Es indudable que el estudio de las ciencias médicas dispone el corazon del jóven á la piedad mas que ninguna otra clase de tareas mentales. Acostumbrado á vencer su natural repugnancia en los anfiteatros anatómicos; á desenvolver y apreciar las caprichosas leyes de la vida en los estudios fisiológicos; á reconocer y analizar el agrupamiento molecular de las armas de la terapéutica, en las cátedras de esta índole, y amaestrado finalmente en el conocimiento de los males que aquejan á la especie humana, aprende tambien á mezclar el dulce bálsamo de la esperanza en aquellos desdichados séres á quienes la ciencia no puede prestar sus ausilios. ¿Y será posible que el verdadero discípulo de una escuela médica que ha recorrido el vasto horizonte de su ciencia, que ha contemplado el maravilloso cuadro que le ofrece el hombre bajo todos sus aspectos, no lleve grabado en su corazon aquel dicho de San Pablo: *per visibilia Dei invisibilia conspitiuntur.*

UVA. BHSC. LEG 08-1 nº0694

No sé, Excmo. Sr., hasta qué punto me será lícito hacer el encomio de una seccion tan importante de la ciencia, esforzándome en probar la necesidad imprescindible de la moral en el médico, delante de un claustro cuyo recto juicio sabe mejor apreciarla que mis débiles razonamientos; mas si semejante convencimiento aleja de mi mente nuevas reflexiones, manifestaré al menos cuáles son las obligaciones que la *Moral Médica* prescribe en el ejercicio de la ciencia, al jóven próximo á abandonar las escuelas en que se ha formado.

Vivir para los demás y no para sí, es el lema de un buen médico; y á semejante objeto final y supremo, su reposo, sus ventajas personales, su salud y vida misma deben sacrificarse. Este sublime principio filantrópico, deribado de las leyes mas santas de la religion, le imponen una multitud de deberes sagrados, sin cuya fiel observancia no puede llenar dignamente su mision.

Cuando el médico moral se presenta á la cabecera del hombre que invoca los socorros de su ciencia, su vista no debe pasar mas allá del lecho del dolor, no ha de investigar tampoco la categoría y la fortuna, los honores, ni la posicion social: lejos de su mente tan punibles ideas; para él deben ser iguales, el pobre que derrama sus lágrimas en la paja del infortunio, y el opulento que reprime sus dolores entre la seda y el oro. Para el primero el médico es acaso el único amigo, el único testigo que sabe apreciar su situacion y sus padecimientos, y el único tal vez que vuelve la esperanza y la vida á un ser próximo á estinguirla. Para el segundo la presencia del médico no hace acaso sino despertar sus exigencias; está persuadido que su clase debe librarle del sufrimiento propio de la condicion humana, quiere la salud sin intérvalos, sin transiciones graduales, sin la marcha ordenada de la naturaleza, y sin esos remedios molestos sancionados por la esperiencia; quiere, en una palabra, dominar la ciencia bajo el influjo de su ca-

UVA. BHSC. LEG 08-1 nº0694

pricho. ¿Y será posible que el hombre de ciencia sea en semejantes casos tan criminal y condescendiente que posponga la salud del enfermo, la tranquilidad de su propia conciencia, á una oportuna severidad que podria dominar tales sugestiones y salvar su reputacion y la vida del paciente? Tan penosa situacion y tan difícil dilema se presentan diariamente al jóven médico á los primeros pasos que traza en el espinoso campo de su práctica. El público, único juez que dirime sus lances felices ó adversos, no es tan justo y conducente en sus determinaciones que deje á veces de honrar como maravillosos triunfos del arte, los esfuerzos de la naturaleza, ó que vitupere y reprenda en otros, los mas acertados actos de la ciencia. ¿Por qué ha de afligirnos, decia el juicioso Petit, la injusta opinion de los hombres cuando lo versátil de sus tendencias les inclina con tanta facilidad á actos opuestos? ¿Cuando la calumnia y el menosprecio achacan de ignorante ó culpable, lo mismo al magistrado que negó la sancion de un delito, que al médico cuyo plan desconcertaron los errores de un enfermo?

La *Moral Médica*, esa compañera de la ciencia que trasforma al médico de hombre en filósofo, es quien templa el justo enojo que le causa su opinion lastimada, le ayuda á sostener con decoro la dignidad de su profesion y á elevarse á una altura superior á las pasiones humanas. Altura que no perturban el bullicio de la sociedad ni las intrigas del corazon humano. Altura en fin, en donde el tiempo no presenta sino una faz, y en la que lo pasado y lo futuro se confunden en una sola cifra.

Mas no siempre la práctica médica ofrece un campo tan sembrado de abrojos á la vista del médico; hay circunstancias normales en que su presencia escita la alegría y la esperanza; se le espera con impaciencia; se cree adivinar el sonido de sus pasos, y no se quiere retardar ni un instante su

UVA. BHSC. LEG 08-1 nº0694

acceso. Su llegada ha desvanecido ya los temores; se le consulta con efusion, y el dulce título de amigo se mezcla con el de su ciencia. La salud y la vida son frecuentemente el fruto de la confianza y de la exactitud en sus prescripciones. Mas aun en estos casos lisongeros para el médico, ¡qué problema tan complicado no se le exige, y con cuánta rapidez se vé obligado á desenvolverle! ¡Problema en verdad sorprendente; problema que no es comparable con el de ninguna ciencia! Sabe por ejemplo el físico que un flúido sutil hinchendo un tegido leve puede arrastrar á la region del aire masas enormes y enseñorearle con rápido vuelo de las alturas de la atmósfera. No ignoran el matemático ni el mecánico, que la ecuacion de la línea denominada *cicloide* ha de darles el maravilloso movimiento del péndulo y la medida exacta del tiempo. Es patente para el astrónomo el número de masas celestes que pueblan el espacio; el tiempo fijo de sus gigantescas revoluciones y la constelacion á que se ha ido aproximando nuestro sistema planetario. Tampoco el químico ni el naturalista desconocen las maravillosas leyes que ligan los átomos de la materia, ó las sorprendentes fuerzas que presiden á la nutricion y desarrollo, tanto de la leve mancha de liquen, como del encumbrado baobab. Pero en estos trabajos científicos nada hay que turbe en sus afiliados el estudio y la meditacion. No se hallan ligados con el tiempo, no les aqueja la idea aterradora de que una enfermedad sigue su imponente curso, de que la humanidad en peligro les reclama. Las condiciones del poblema no son ciertamente iguales en la profesion del médico. No dispone del tiempo suficiente en sus observaciones, todo es para él rápido y fugáz; el aspecto de una enfermedad varía de un instante al inmediato; la ocasion de emplear un medio, desaparece para no volver jamás; es necesario que se decida, que clasifique, que resuelva en un instante; no puede, en una palabra, dirigir á la naturaleza aquellas palabras del célebre Arquimedes al sol-

UVA. BHSC. LEG 08-1 nº0694

dado romano que le amagaba con su acero: *Detente un instante y mi problema quedará resuelto.*

Mas el médico en medio de la sociedad y mientras corresponde á las espresiones de gratitud que por todas partes se le dirigen, se vé obligado á efectuar un trabajo especial. De una sola mirada distraida y al parecer indiferente, se ha enterado de la inmensidad del mal y de los accidentes que deben desenvolverse. En este momento es el artista que admira en un lienzo de Rafael ó de Murillo, la belleza de los contornos, la propiedad del colorido, la verdad del pensamiento. Las enfermedades tienen tambien para él su fisonomía propia, sus rasgos característicos que le evidencian rápidamente la exactitud del diagnóstico. ¡Ay del médico que no sepa leer en este cuadro natural ó que desprecie sus primeras impresiones, verdaderos pensamientos intuitivos que abordan de improviso el templo del saber!

Muchas veces tan superficial exámen, tan leve investigacion, hechos con la prudencia debida, han bastado para decidir la terminacion feliz ó adversa, la curacion ó incurabilidad de los males: pero guárdese el práctico en este último caso de emitir delante del paciente la menor espresion que pudiera revelarle su estado; domínese á su vista y aparente en su aspecto tranquilo la serenidad y la esperanza; cualquier imprudencia en semejantes casos podria acelerar sus dias y gravar con un peso mortal la conciencia del encargado de prolongarlos.

En el curso mismo de nuestras propias enfermedades acontece frecuentemente, como dice el mismo Petit, que nos asustan poco las lágrimas de nuestros parientes y amigos, opinamos las mas veces que su fidelidad y cariño exageran nuestros males, y que su imaginacion va mas allá de nuestra situacion presente: pero si el hombre destinado á auxiliarnos aparece conturbado y suspenso; si su semblante nos indica la confusion y el temor; si sus lábios se niegan

UVA. BHSC. LEG 08-1 nº0694

á derramar aquellos consuelos que dá la ciencia en semejantes casos; entonces comprendemos de improviso el peligro que nos asedia, nuestro ánimo desfallece y sentimos desprenderse de nuestras manos el áncora salvadora que nos tenia asidos á la vida.

Semejantes impresiones obran violentamente sobre el sistema nervioso, sobre los centros de la vida, la atacan y paralizan su accion directamente; desenvolviendo el mismo poder dinámico que los mas activos venenos, que las mas enérgicas intoxicaciones.

Jamás se borrará de mi memoria un terrible ejemplo que comprueba esta verdad. Habia revelado un facultativo á un anciano criado el mal estado de salud de su jóven amo atacado de una tísis; paseábase este con aquel en una tarde de otoño, y como el amo impaciente le reprendiese por la poca energía de sus pasos, motejándole por sus muchos años; el airado doméstico le replicó en estos términos: »á pesar de mi edad mas pronto morirá Vd. que yo, pues »se me ha asegurado que solo vivirá hasta la caida de la »hoja, y hé aquí que empieza á desprenderse.» El efecto de tan vehementes palabras aceleró la realizacion del vaticinio.

El pronóstico en medicina, ese resultado sintético de un exámen detenido; ese acto grandioso que tanto identifica al médico con una divinidad y que tanto la ensalza cuando la meditacion, el juicio y la prudencia le acompañan, puede en verdad ser una arma emponzoñada que acelere la muerte, cuando sin prevencion alguna se escriba de improviso en el libro del destino aquel *Mane, Thecel Phares,* aquellas palabras bíblicas que perturbaron la alegría y el festin de Baltasar.

La mision del médico moral no concluye ciertamente al separarse del lecho del paciente, al terminar sus prescripciones, en una palabra, al finalizar su visita. El recuerdo

UVA. BHSC. LEG 08-1 nº0694

de lo que ha visto, la reflexion sobre las armas empleadas, sobre su potencia dinámica y los resultados que han de producirle, deben ocupar su mente y absorber su atencion. No ha terminado, nó, su obra; la ciencia exige un nuevo trabajo; es necesario que sacrifique algunos instantes de su propio descanso, que escriba un diario exacto de los enfermos á quienes consagra sus desvelos, que les dedique algunos momentos de estudio.

Allá en el callado silencio de la noche, cuando á las pasiones y bullicio de la sociedad suceden las horas de quietud y meditacion; en esas preciosas horas en que la verdad aparece con el severo ropage de la exactitud, es cuando el médico, semejante á aquellos sacerdotes destinados á conservar el fuego sagrado de los sacrificios, alimenta el jermen de la ciencia, vive para sus semejantes. Horas preciosas y momentos de soledad que despiertan en su mente mil circunstancias que hubieran pasado desapercibidas, y le dictan recursos que no le habrian ocupado su imaginacion entre las distracciones y tumulto del dia. Horas en fin en las que su inteligencia se insinúa con la entidad morbosa, observa los trastornos que ha ocasionado, aprecia las aberraciones de la vida, enumera los humores y tegidos que se hallan alterados, investiga el trabajo molecular anómalo, y como si su enfermo se hiciese trasparente á los ojos de su ciencia, ó al modo que un artista observa un cuadrante descompuesto; regulariza la marcha de los males, restablece la vida defuncente, devuelve un nuevo sér á la sociedad.

Otra de las posiciones difíciles de la profesion médica, que reclama mayor moralidad en quien la ejerce, mayores sacrificios y abnegacion de sí mismo, es la del médico militar; de ese sér destinado á mitigar uno de los mas terribles azotes de la sociedad, á reunir en difícil vínculo los desvelos de la ciencia con las penalidades del soldado; á formar, en una palabra, una barrera insuperable entre la

UVA. BHSC. LEG 08-1 nº0694

vida y la muerte. ¡Qué prudencia, qué sagacidad y qué valor no deben acompañarle en su peligrosa mision. Ora es el geógrafo que segun la latitud y los accidentes del terreno que ocupa el ejército á que se halla incorporado, prevee y teme el desarrollo de violentas epidemias que van á privar á su patria de mil guerreros que la defiendan. Ya el naturalista que descubre entre las infinitas plantas que huella con sus piés multitud de recursos con que combatir las dolencias de sus amigos y conciudadanos. Unas veces el higienista que ordena el grado de aislamiento de un campo de guerra y la esposicion á un viento mas ó menos saludable ó á la propicia sombra de una montaña. Y otras, finalmente, el químico que juzga de la utilidad ó inconveniencia de ciertas aguas, de ciertos manantiales que pudieran envenenar la existencia de la multitud de séres que se le han confiado. Pero llega el momento decisivo; ese terrible instante en que solo se oye el aterrador estampido del cañon; en que multitud de espirantes víctimas reclaman su presencia en los puntos acaso mas espuestos: y el hombre de ciencia, el médico moral olvida en estos solemnes instantes el peligro de su propia existencia; vuela al sitio del dolor; se apresura á arrancar el hierro ó el plomo del pecho de sus amigos, á detener la salida de su sangre, á reanimar sus fuerzas, y rodeado por una y otra parte de cien bocas de fuego y en medio del combate, él solo es el inerme, él solo es el ángel de paz.

No espera, no, las riquezas del botin, ni el laurel de la victoria, y se decida esta, bien por su bandera ó por el partido contrario, solo le restan hombres á quien curar, una triste humanidad á quien compadecer.

Otro de los casos graves en que mas se compromete la mision científica del médico, esponiendo tambien hasta su propia vida, es en las epidemias y contagios. La invasion frecuentemente de tan terribles enfermedades, suele ser clan-

UVA. BHSC. LEG 08-1 nº0694

destina y aun equívoca, necesitándose la mayor sagacidad y buena práctica para determinarla.

Cuando á un pueblo epidemiado se le anuncia por primera vez la afeccion reinante, el establecimiento de lazaretos, la intervencion de cordones sanitarios, la paralizacion del comercio y otras medidas de higiene pública, inherentes á su situacion, su furor se exalta contra el primero que osó anunciar semejante catástrofe, mayormente cuando el grado de la epidemia, incipiente todavía, no justifica, ni la evidencia del anuncio, ni la necesidad de tales medios.

En semejante época toda la prudencia del médico moral le es insuficiente. No le es posible por una parte ocultar un mal, que sin el conocimiento de las autoridades y sin su intervencion pudiera ocasionar graves trastornos; y por otra no debe ignorar, que la primera víctima de semejante nueva, puede ser el primero que la anuncia, aun cuando despues se le haya de invocar como el único libertador. Debe por lo tanto procurar no equivocarse, y conocida la índole del mal, anunciarle en términos claros y precisos, evitando en lo posible el tecnicismo de la ciencia y dictando al propio tiempo los medios que en su concepto sean los mas adecuados para su neutralizacion.

Cuando un médico ejerza su profesion en una poblacion epidemiada, no deberá negar los consuelos de su ciencia á cuantos la invoquen, procurando verlos al menos una vez al dia, y estableciendo cierto órden de prioridad segun su peligro.

Si la afeccion en alguno se agravase; si la marcha y accidentes del mal hicieran presagiar un fin funesto, entonces deberá anunciarlo así á sus mas allegados parientes, amigos ó interesados. De este modo no se atribuirá á ignorancia ó á engaño la terminacion desgraciada, y como decia Celso: *Est prudentis hominis, ubi gravis metus sine certa tamen desperatione est, indicare necessariis periclitantis in difficili rem esse, ne si victa ars malo fuerit, vel ignorasse, vel fefellisse videatur.*

UVA. BHSC. LEG 08-1 nº0694

Y por último, ¿qué moral debe guardar el médico para con sus comprofesores? Toda ella, puede decirse, consiste en prodigarse igual amor cual se prodigan los verdaderos hermanos, puesto que hermanos son los que han pasado lo mejor de su vida en una misma escuela, que se han criado con iguales costumbres, que profesan una ciencia misma y cuyo difícil ejercicio reclama todos los dias las luces de los demás. Con esto se evitará esa multitud de cuestiones que con harta frecuencia estamos presenciando; con esto se pondrá fin á esas contínuas críticas que envilecen y rebajan á los que de ellas se ocupan, y á no dudarlo, con esto la medicina y los enfermos todos percibirán inmensos resultados.

Tales son, Excmo. Sr., aunque toscamente bosquejadas, las obligaciones que la moral prescribe al médico en todas las posiciones difíciles en que su penosa carrera puede colocarle. Los sentimientos religiosos, la templanza y sobriedad, la circunspeccion y decencia, y finalmente, la serenidad, la aplicacion y el convencimiento propio de la dignidad y nobleza de su profesion, son principalmente las cualidades que deben distinguirle. Sin ellas la vida del jóven médico no será otra cosa que un largo tegido de contrariedades y disgustos; al paso que su exacta observancia harán para él aplicables aquellas palabras del grande Alibert:

«Oh vosotros, todos, que destinais vuestra vida al alivio »de la desdichada humanidad, preparad con anticipacion á »vuestra vejez agradables y deliciosos recuerdos. Inspirad á »los que reclaman vuestros saludables auxilios, gratitud, »estimacion, respeto, amistad y admiracion; de modo que »algun dia pueda decirse de vosotros, que habeis existido »útilmente, y que vuestra vida entera no ha sido mas que la »historia de vuestros beneficios!»—He dicho.

BIBLIOTECA DE SANTA CRUZ DE VALLADOLID

UVA. BHSC. LEG 08-1 nº0694

UVA. BHSC. LEG 08-1 nº0694

UVA. BHSC. LEG 08-1 nº0694